

vió entrar á Antonio, despues de haber dicho las palabras sacramentales, y como el calor era excesivo, creyendo que el idiotismo de la niña le permitia no guardar ciertos miramientos, exclamó limpiándose el sudor que corria por su frente:

—¡Diablo, qué calor hace! De buena gana beberia un trago.

Eva le miró, le vió rojo por el calor y le dijo:

—Espera.

Esta palabra la usaba para hacerse escuchar, y despues de pronunciarla se lanzó fuera del laboratorio.

Antonio, admirado, aguardó. Pocos momentos despues volvió con una copa de agua en la mano y se la presentó sonriendo.

—¡Ah! señorita, cuán buena sois; pero no es agua lo que deseo.

La voz de Jacobo se dejó oír desde la habitacion inmediata.

—Vino, Eva.

La niña sabia lo que era, pues aun cuando jamás habia querido beberlo, lo habia visto beber; así es que bajó, y creyendo que, puesto que Antonio tenia sed y calor seria preciso darle mucho y bueno, le subió una copa llena de vino de Burdeos.

Al verlo sonrió Antonio satisfactoriamente, y tomando la copa de manos de Eva, bebió de un trago el excelente líquido, como si fuera vino de Surenne ó de Argenteuil. Eva le miraba gozosa.

—¿Bueno? le preguntó.

—Como terciopelo; contestó Antonio, alejándose despues de haber vaciado su cubo de agua.

—¿Terciopelo? dijo Eva mirando al doctor, que entraba en el laboratorio.

Jacobo habia escuchado todo, pues si no tal vez no hubiera comprendido; así es que sacó una levita de terciopelo y le hizo pasar la mano por encima, y señalando al estómago añadió:

—Terciopelo.

Entonces comprendió Eva que Antonio habia encontrado el vino tan suave como aquella tela y sonrió gozosamente. Jacobo no estaba ménos contento, pues recordando la espina de Escipion, la caída de Marta y lo sucedido con Antonio, se decia á sí mismo:

—No solo será hermosa, sino buena.

XI.

Eva y la manzana.

Poco á poco, pero más rápidamente que un niño, aprendió la protegida de Jacobo á expresar todos sus pensamientos por medio de la palabra; pero como los pueblos primitivos, tardó mucho en acostumbrarse á poner en su lugar los tiempos de los verbos, obstinándose en usar el infinitivo, pero aun más difícil fué enseñarla á leer.

Eva, que admiraba la naturaleza y que no veia un objeto sin preguntar el nombre y grabarlo en su memoria, no sentia ninguna inclinacion hácia la ciencia.

Despreciaba profundamente los libros y lo que encerraban, interesándole únicamente los que tenian grabados, y aun esto no en alto grado; pues si Jacobo se negaba para excitar su curiosidad á explicarle el significado, pasaba sin quejarse y sin insistir en la explicacion.

El doctor buscaba el medio de vencer aquella indiferencia, hasta que le pareció tener una idea luminosa.

Un dia hizo una preparacion con un fósforo, tomó á Eva por la mano y la condujo á la bodega.

Cerró el respiradero para evitar que la luz penetrase, y despues con un punzon grabó la primera letra del alfabeto en la pared; la letra apareció como iluminada.

Eva lanzó un grito, pero se tranquilizó cuando vió que la inicial desaparecia poco á poco.

Una *b*, una *c*, una *d* y una *e* siguieron á la primera; entonces se detuvo el doctor.

—Otra; exclamó Eva.

—Cuando sepas estas de memoria.

Y trazó la *a* de nuevo.

—¿Cómo se llama esta?

Eva hizo un esfuerzo, y viendo que la letra se borraba, exclamó:

—Es una *a*.

Jacobo sonrió; había encontrado el modo de interesar á la niña para que aprendiera á leer, cuestion tan difícil para las niñas.

Un mes despues Eva sabia leer.

Con la música no sucedia lo mismo, pues deliraba por ella; sus horas de alegría eran cuando el doctor, sentado al piano con las manos sobre las teclas, los ojos elevados al cielo y el alma enajenada ejecutaba alguna fantasía sublime de Pórpora, Haydn ó Pergoleso; y si deseaba ver brillar una lágrima en los ojos de Eva, ó la sonrisa en sus lábios, tocaba *prima ché spunti l'aura*, lo primero que habia conmovido el corazón de la niña.

Con frecuencia se acercaba al piano y procuraba arrancar algunos sonidos, pero carecia de fuerzas para ello, y su profesor, con su acostumbrada lógica, no queria aprendiera nada por rutina.

Esperó á que supiera leer las letras para que aprendiera las notas como la recompensa de su aplicacion, así es que ni aun cuando estaba sola se atrevia á poner las manos en el teclado.

Pero un fenómeno fisiológico, el cual nunca el doctor habia presenciado, fué para él un verdadero y providencial auxiliar, y como una recompensa que la naturaleza acordaba á su ferviente admirador.

Era en una calurosa tarde del mes de Agosto: una terrible tempestad se desencadenó en Argenton; los relámpagos iluminaban el espacio y los truenos parecian la trompeta del juicio final.

Antes de que Jacobo Merey sometiera á Eva á la electricidad, cada vez que estallaba la tormenta sufría la niña estremecimientos nerviosos, terrores involuntarios, siendo esto precisamente lo que habia dado al doctor la idea de su plan curativo.

Durante los dos ó tres años que la electricidad habia sido la base de sus cuidados, Eva se acostumbró á no temer la tempestad, llegando hasta el extremo de que los relámpagos y los truenos no le

causaran terror ni miedo, pero tampoco una impresion placentera.

Así es que Jacobo Merey se admiró, no de que la tormenta estallara con ruda violencia, sino de que la jóven manifestara un bienestar extraño.

Las puertas y ventanas estaban cerradas, segun costumbre, para evitar las corrientes de aire, pero la niña se adelantó hácia una ventana y la abrió, en el mismo instante en que resonaba un terrible trueno y que un relámpago iluminaba la casa.

El doctor se lanzó hácia Eva y trató de retirarla de aquel foco de luz, temiendo que un rayo la anonadara; pero la niña se evadió de sus brazos, exclamando:

—No, no; déjame ver los relámpagos: déjame escuchar el trueno, eso me agrada.

Y aspiró con infinito placer aquel aire cargado de electricidad, manifestando en su rostro y sus movimientos la embriaguez que sentia.

Sus facciones se iluminaron cual si estuviera en comunicacion con el fuego divino, y parecia que la tempestad se reconcentraba en aquella débil criatura y multiplicaba sus fuerzas.

Dueña de sus movimientos, se dirigió al órgano, lo abrió, y si bien de un modo imperfecto, tocó *prima ché spunti l'aura*, que era su melodía favorita.

El doctor escuchaba admirado y confuso: ignoraba lo que despues reconoció, la facilidad extraña que tienen para la música ciertos individuos, y particularmente los locos.

Efectivamente, Gall nos ha hecho comprender el primero que hay personas que nacen músicos, pintores ó grabadores.

Giotto y Corregio son un ejemplo, y más tarde otros han sido la prueba.

Uno de los hombres que han estudiado la locura, y sobre todo el idiotismo, Morel de Rouen, me referia habia conocido imbéciles idiotas que ejecutaban á primera vista las piezas más difíciles, pero las que jamás tocaban con más perfeccion, con más sentimiento ó con más energía que la primera vez.

La causa de su habilidad era el instinto, la disposicion natural,

la capacidad artística del cerebro, y la prueba que no adelantaban, ni inventaban, ni perfeccionaban.

Entre los hombres existen las mismas cualidades que entre los animales, y es consecuencia de la lógica de la naturaleza.

La abeja y el castor son los animales que tienen más instinto, pero no son tan inteligentes como el perro, que es capaz de aprender más, y cuya inteligencia es bien conocida.

En los individuos, algunos poseen ciertas facultades adquiridas y desarrolladas en una enfermedad; por ejemplo, Monalheux, el célebre calculador, era epiléptico, y á pesar de su gran habilidad, no hubiera podido resolver un problema de aritmética.

He estudiado mucho el libro de Morel y escuchado su opinion cuando formé el plan de escribir esta obra sencilla, pero difícil al mismo tiempo, y me refirió cuando le consulté sobre la posibilidad de que una tempestad desarrollase las disposiciones naturales hácia la música, que él habia asistido á un adolescente, el que tocaba á primera vista las piezas más difíciles, pero sin que pudiera ni perfeccionarlas, ni aprenderlas por las notas.

—Pero el idiota más admirable que he conocido, añadió, y el que presenté á los médicos como curiosidad, es el llamado Perrin; era sordo y mudo, y solo lanzaba algun grito ronco; guardaba las vacas, y un dia que el pregonero del pueblo tocaba el tambor, se arrojó sobre él, le arrancó los palillos de las manos y tocó una marcha enérgica y á compás: desde entonces solicité traerlo al hospital, y efectivamente, dirige el paso con su tambor cuando salen los enfermos á pasear.

Jacobo ignoraba estos hechos, así es que le asombró el efecto producido por la tormenta, y el que le hubiera parecido inverosímil si uno de sus compañeros lo hubiera referido, ó citado algun libro en el cual se encontrara.

Así pues que trató de emplear, para que la niña aprendiera el solfeo, las mismas precauciones que habia usado para la lectura; pero Eva no le dió tiempo; abrió el método, y con dulce acento dijo:

—Enseñar á mí, querido Jacobo.

Y Merey le dió la primera leccion, y ocho dias despues sabia las notas, y un mes más tarde tocaba por música todas las piezas que le presentaban.

Ya hemos visto que Jacobo Merey habia empleado todos los medios posibles para despertar aquella naturaleza dormida, aquella hermosa del bosque durmiente, que habia esperado tanto tiempo á que rompieran el encanto que la rodeaba desde la cuna.

Le hemos seguido en sus experimentos de las ciencias ocultas, la ciencia real, las misteriosas revelaciones de la naturaleza; le hemos visto estudiar á Alberto el grande, á Hermés, á Raimundo Lulio, á Cornelio Agrippa y la Biblia.

Un dia leyó en el libro del Señor un párrafo que expresa la accion de un sér sobre otro sér, la omnipotencia de la voluntad, la fuerza magnética de la mirada, el irresistible mandato del fuerte al débil.

Jehová envia á Moisés á Faraon y le dice: «Tú serás el Dios de este hombre.»

La ciencia colocó á Jacobo al lado de una idiota empeñada en conservar cautivos los recursos de su inteligencia, y siguiendo el precepto del Creador, Merey se hizo Dios de aquella niña.

Sus agentes exteriores eran los auxiliares que ejecutaban sus órdenes, y *Presidente*, Escipion, la anciana Marta, Antonio, Basilio, las telas, las flores, el césped que servia de alfombra á Eva, el agua del manantial, todo lo que se agitaba en la sábia naturaleza era una inmensa máquina eléctrica cargada con el poderoso flúido de su voluntad.

Eva empezaba moral y físicamente á ser mujer; pero aun le faltaba algo para completar su sexo.

En su infancia, pasada al lado del cazador y de su madre, nadie se habia ocupado en ocultar su desnudez.

Trasladada despues á casa del doctor, bautizada con el nombre de Eva y reina de aquel Eden en miniatura, corria por el jardin cubierta solo con una camisa encarnada ó azul, cerrada en el cuello, y su inocencia jamás se alarmó.

Quando el doctor determinó dejar libres los movimientos de la

niña, vistiéndola con el traje más sencillo y holgado que pudo encontrar, fué porque sabia que ningun extraño penetraria hasta allí sin su beneplácito, y que el follaje del jardin hacia impenetrables las miradas profanas.

Además, Eva era muy obediente y jamás salia de los límites que le habia marcado el doctor.

Habia llegado el otoño de 1791: hacia seis años que el doctor tenia á su lado á Eva y trabajaba con energía en su obra.

La niña tenia catorce años.

Habia en el centro del jardin, en el terraplen al pié del cual nacia el manantial, un magnífico manzano, cubierto en Abril de flores y en Setiembre de frutos.

Eva adoraba las manzanas sin duda como consecuencia del nombre y á imitacion de la mujer de Adan.

Jacobo hizo con el árbol lo que con el espejo mágico; impregnó sus hojas de flúido magnético con toda la fuerza de su voluntad.

Los árboles han representado un papel importante en los anales de la ciencia mesmeriana, pues conocida es la celebridad que adquirió en el siglo pasado el centenario olmillo, á la sombra del cual observaba Puysegur las maravillas del somnambulismo.

Buscando siempre los medios para facilitar el efecto que deseaba producir, acudia Jacobo Merey á la física ignorada.

Creia que los árboles eran los grandes aparatos destinados á recibir y trasmitir la sutil materia del hombre, y por esto se habia fijado en el manzano.

Eva bajó al jardin á la hora acostumbrada, es decir, á eso de las ocho de la mañana, y como atraida por el árbol magnético se dirigió hácia él, tal vez llevada solo por el deseo de comer las hermosas manzanas oro y púrpura que se destacaban entre el verde sombrío del follaje.

Estaba casi desnuda, y jamás formas más hermosas se desarrollaron con más libertad.

Parecia una de las tres Gracias de German Pilon, cuyos ropajes, castos y voluptuosos á la par, dejan ver mucho, pero velan lo suficiente para que el todo se desee.

Pero aquellos espléndidos tesoros de la naturaleza y de la hermosura física estaban velados á los ojos de Jacobo Merey con el velo más tupido y casto: el de la ciencia.

¿No vemos en los estudios de los escultores y pintores, que ante un modelo perfecto dejan de ser hombres?

Porque entonces solo son artistas.

En aquella bellísima criatura no veia Jacobo á la mujer, sino al sér que necesitaba sus ciudadanos.

Era médico.

Cuando Eva se puso sobre las puntas de los piés para llegar hasta una manzana, la alcanzó y la comió, entonces salió el doctor de entre un zarzal, en donde se habia escondido.

El primer movimiento de Eva fué el miedo; lanzó un grito de sorpresa, pero al reconocer al doctor corrió hacia él: Jacobo fijaba sobre ella una mirada atrevida, profunda; la jóven bajó los ojos, y al ver su seno desnudo cruzó los brazos y se formó con ellos un gracioso y casto ropaje.

La antigua estátua del Pudor no era más bella.

El doctor, que habia formado su plan, se adelantó hácia ella y la tomó una mano.

Eva levantó los ojos, los inclinó de nuevo, y la blanca estátua se cubrió con el más vivo carmin.

Se habia ruborizado: ya era mujer.

El doctor habia superado á Pygmalion: Galatea no llegó á ruborizarse.

Luego no era sino diosa.